

ALEGATO EN PRO DE LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS*

MARIO MIRANDA PACHECO**

A principios del año 1953, el influyente diario de París, *Le Monde*, publicó sucesivas notas del escritor Tibor Mende bajo el título de “América Latina entra en escena.” La segunda postguerra mundial había reabierto espacios económicos poco estudiados y también realidades que, por su importancia política y cultural, despertaban intereses de distinta índole. El escritor que menciono, alertaba a los países avanzados indicando que en el nuevo orden internacional debía considerarse con seriedad la proyección actual y futura de América Latina. Asimismo, para subrayar la importancia de esta región, recurría a inevitables síntesis categoriales: la dependencia, el subdesarrollo y la marginación, categorías que, por entonces, sonaban como denuncias en la descripción del “tercer mundo”, concepto troquelado cuidadosamente por sociólogos franceses de la citada postguerra y que incluye a nuestro subcontinente.

El título de aquellas notas -además de motivar este preámbulo- sugiere interpretaciones diversas. Por una parte, la dimensión de una geografía del atraso que marcaba sus fronteras con más intensidad en el pensamiento de los “estrategas del progreso”. Para ellos, América Latina era un depósito de materias primas y un proveedor de fuerza barata de trabajo; para los que todavía quieren y querían “civilizar” el planeta mediante la violencia, esta región era un mundo exótico, poseedor de paisajes impresionantes y habitado por gente de sugestivo temperamento. En el pensamiento de todos ellos, América Latina era un campo propicio para ampliar un mercado de objetos y valores que refuerzan los sistemas de dominación. Mas, tales criterios no eran nuevos. Nuestra América ya era, y sigue siendo hasta ahora, un laboratorio de experimentación en el cual modelos modernizantes e ideologías de diverso signo disputan su predominio y vigencia.

Aunque esos criterios reflejan enfoques de relativa eficacia para aproximarse al conocimiento de una realidad, lo que en ellos se olvida y soslaya es que nuestros pueblos no se resignan a obedecer voces de mando que les obliguen a alterar su proceso histórico. El sometimiento de los pueblos, en cualquier región del mundo, ha implicado e implica renunciar a sus necesidades y aspiraciones que rebasan todo esquema impuesto desde afuera. Esto quiere decir que América Latina ya no era entonces, ni es ahora, un mundo disponible para intereses ajenos, por mucho que éstos todavía mantengan en el área el vigor de su influencia y el rigor de su hegemonía.

Nuestros pueblos, con sus “venas abiertas”, como señala Eduardo Galeano, desde hace siglos ya estaban en el juego escénico mostrando al mundo que no hubo ni hay ficción dramática sino drama verdadero que se padece y no se juega. Sin embargo, Tibor Mende tenía razón: América Latina, al acrecentar su presencia en la trágica escena universal, entraba en ella no sólo con su geografía del hambre, con su inestabilidad política o con el snobismo de sus élites insensibles y satisfechas, sino con poderosos movimientos sociales y políticos, con significativos esfuerzos de liberación y con notables aportaciones en los terrenos de la literatura y el arte.

I

Desde esa década del medio siglo, se ha plasmado un tiempo que no tenemos necesidad de buscarlo porque no es tiempo perdido. América Latina entró en escena ateniéndose a las posibilidades de su propia dinámica. Transformaciones significativas (desplazamiento de oligarquías tradicionales), proyectos reformistas frustrados (Guatemala, Bolivia), modelos distróficos de desarrollo social (populismos de distintos alcances), revoluciones consolidadas o en marcha (Cuba, Nicaragua), tragedias populares y nacionales donde se eclipsan el hombre y su libertad (fascismos dependientes), “milagros” transnacionales (Brasil, Paraguay), se despliegan en una escenografía que no ha cambiado mucho. Todo eso está al alcance de nuestra mano, alojado en

* Conferencia magistral impartida en el Congreso Internacional de Educación Superior. Universidad Autónoma del Noreste, Saltillo, Coahuila, 10-12 de septiembre, 1984.

** Profesor de carrera de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

la inmensa vasija de la historia, esperando el análisis, la interpretación y la asimilación de sus factores en experiencias de nuevo tipo que contribuyan a profundizar y amplificar el conocimiento de nuestra América.

Sin embargo, en lo que hemos vivido no todo es política, economía y desarrollo, ni únicamente violencia derechista o revolucionaria, como tampoco es sólo materia cuantificable, reducida a un enjambre de cifras, indicadores y modelos. Los latinoamericanos amamos la vida que no tiene cifras computables y tememos a la muerte que rebasa todo modelo. En esta afirmación universal de lo humano creamos ideas, representaciones y valores que se integran en cosmovisiones no excluyentes. Un mexicano, un argentino o un brasileño, aunque las raíces modernas y adventicias de sus sociedades sean distintas, tienen una concepción del mundo que no revela diferencias profundas ni contradicciones irreconciliables. Asimismo, un dominicano, un guatemalteco o un boliviano, al igual que otro oriundo de cualquier país de nuestra América, siente sus cielos, sus mares y su suelo como Anteo sentía a la tierra, como eterna fuente de la que manan fuerzas renovadoras y permanentes.

El sentido de nuestra vida no radica sólo en el indisoluble vínculo que nos ata firmemente a un inmenso legado de la naturaleza. A esta fuerza, que no dejará de ser nuestra ni por las invasiones militares ni por el despojo económico o cultural, se agregan otras que hemos creado. Los veinte millones de americanos meridionales de que hablaba Bolívar, junto a otros millones de centroamericanos y antillanos, han forjado una sociovisión compartida ahora por más de 350 millones de latinoamericanos distribuidos en el subcontinente y en las islas del Caribe. El atraso y la dependencia son situaciones definidas, mas no definitivas, que se estudian y atacan con medios distintos y concretos. Somos conscientes del lastre del capitalismo tardío y de los accidentes que hemos padecido en la historia de ese sistema. Disponemos de una concepción transformadora de la sociedad; buscamos el cambio y asumimos el compromiso de borrar los estigmas que compartimos con los países del tercer mundo. Participamos de luchas comunes que nos conducirán a liquidar la opresión social, la explotación económica y la postergación científica y tecnológica. Los esfuerzos colectivos tienden a crear las condiciones requeridas para una integración plena del subcontinente.

De nuestra visión del mundo y de la concepción de nuestra sociedad han surgido vigorosas manifestaciones del pensamiento, la literatura y el arte. Latinoamérica ha dejado de ser identificable sólo como un emporio de recursos naturales y de masas humanas explotables. Nuestros escritores y artistas han roto las barreras unicéntricas de la cultura y puede afirmarse que, con sus aportaciones, han cambiado enfoques y perspectivas de la cultura y de la historia universal del hombre.

En la óptica extranjera predomina la imagen global de América Latina. Los hábitos mentales tienden a generalizar los conceptos de quienes nos observan y a que se nos cuente como una unidad. En esto nada hay que nos perjudique, aunque tenemos plena conciencia de que nuestras diferencias regionales y nacionales son evidentes. No tenemos una geografía uniforme ni somos una sociedad homogénea. Nuestros componentes étnicos son distintos y nuestras culturas nacionales tienen identidad propia. Estas diferencias van tomando perfiles más precisos, aunque compartimos situaciones comunes. Sin rechazar las generalizaciones y los conceptos globales, que pueden tomarse como anticipaciones de la experiencia o premoniciones de profundos proyectos históricos, esos conceptos se enriquecen con las especificidades de procesos que trascienden fronteras nacionales y de acontecimientos que reflejan actitudes colectivas de América Latina. Nuestra economía, nuestra política y nuestra presencia cultural condicionan relaciones de nuevo tipo con el resto del mundo. Somos una región insurrecta que, en su dependencia y atraso, exige la instauración de un nuevo orden internacional para que los deberes y derechos de nuestros pueblos sean plenos en la equidad, el consenso y la libertad.

II

Sí, ciertamente, América Latina ha ingresado a la escena contemporánea, pero lo ha hecho en una época de aberrantes amenazas y de extraordinarias perspectivas. No es osado afirmar que la coyuntura actual ha sido necesaria para tomar conciencia de lo que representa nuestra América. De la claridad con que se percibe su dimensión histórica dependen los propósitos y posibilidades de su estudio. Porque esa claridad aumenta, hoy día se asiste a una extraordinaria difusión del conocimiento de América Latina. Se la estudia en diversos países de los cinco continentes. Los centros donde se investigan las expresiones de nuestro ser histórico-social,

las alternativas de su desarrollo y las perspectivas de su cultura, han instaurado carreras y especializaciones que obedecen a finalidades distintas. A pesar de la diversidad de propósitos, las múltiples disciplinas del saber dedican atención y esfuerzo para lograr un conocimiento amplio y profundo de nuestra realidad, que hasta hace poco, era apenas motivo de curiosidad informativa.

¿Cuál es la razón para que las universidades y otros organismos de alta educación hayan institucionalizado los estudios latinoamericanos? La enseñanza superior es el tercer nivel de la educación escolarizada. Su contenido tiene alcances universales y se articula en el desarrollo, en lo posible armónico, de la investigación y enseñanza científica, tecnológica y humanística, lo cual le otorga carácter de paradigma. Sus funciones básicas de investigación, docencia y de servicios de extensión y difusión cultural no tienen otras limitaciones que las de la ciencia y la cultura, o aquéllas que imponen los estados y las propias instituciones que la imparten. Sus objetivos, como fines concretos de la educación, se expresan en el desarrollo de las ciencias y de las humanidades para formar recursos humanos altamente calificados. Desde este punto de vista, la educación superior, en cualquier sistema económico-social en que se desenvuelve, no tiene ni tendrá diferencias substanciales sino de grado y de forma, diferencias condicionadas por los niveles de desarrollo social y de los requerimientos de la época. En ese funcionamiento paradigmático de la educación superior se insertan los estudios latinoamericanos. Tienen nivel científico y naturaleza humanística, como se verá en lo que sigue, y despiertan interés creciente en las generaciones actuales que buscan el ensanchamiento de su universo formativo.

Las funciones básicas de la educación superior carecerían de substancia formativa si no se orientaran hacia la crítica de la sociedad, del conocimiento y la cultura. Debido al papel indudablemente crítico que cumple la enseñanza superior, este nivel educativo, como un factor adscrito al proceso de cambios que se manifiestan en las actitudes y en el pensamiento, ayuda a superar las contradicciones de la sociedad y a modificar las condiciones de la existencia humana. América Latina, desde esta perspectiva, como objeto de conocimiento crítico, es un espejo en que se reflejan las grandes contradicciones y alternativas de la sociedad actual. Del conocimiento de esas contradicciones podrán surgir soluciones para que el futuro no sea sólo prolongación del presente. Ganaría poco la sociedad actual si la educación superior siguiera conservando sus objetivos, contenidos y métodos del pasado. La crítica de esas estructuras académicas abre el paso a nuevas posibilidades. Del mismo modo en que persiste la información acerca de sociedades y culturas pretéritas, también se hace necesario ampliar los conocimientos del hombre contemporáneo hacia regiones que, por su propia significación, reclaman espacios mayores en los planes y programas de estudio. Si para nosotros se hace necesario tener conocimientos objetivos de mundos remotos en el tiempo y en el espacio, para los hombres de esos mundos, América Latina también tiene una realidad y un sentido, una actualidad que cada día adquiere mayor significación. En esta evidencia se sustenta la necesidad de conocer críticamente nuestra realidad y comprender su sentido para que podamos modificar una herencia de atraso y dependencia.

Gran parte de las instituciones de enseñanza superior comparten este reconocimiento. Por ello puede afirmarse que, bajo el rubro de “estudios latinoamericanos”, se han institucionalizado ciencias histórico-sociales y disciplinas de carácter humanístico cuyo dominio gnoseológico es América Latina. Estas áreas de la educación superior han encontrado su cauce en las corrientes actuales de la investigación, de la docencia y de la difusión cultural.

En centenares de centros se imparte enseñanza, o se hace investigación, sobre la historia y el desarrollo económico-social, sobre las culturas, el arte y la literatura de América Latina. La nomenclatura de las profesiones se ha enriquecido con la del “latinoamericanista”, designación imperfecta, destinada al estudioso o graduado, docente o investigador, que dedica sus esfuerzos y dirige sus luces a conocer y comprender en mejor forma el mundo y la vida de los latinoamericanos. Esta nueva profesionalización, no obstante su significado explícito, necesita de un análisis para apreciar las implicaciones que tiene la conversión de nuestra América en objeto de conocimiento.

III

En una lúcida ponencia presentada por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, con sede en México, en el Primer Encuentro Nacional sobre Balance y Perspectivas de los Estudios Latinoamericanos, realizado en esa ciudad entre el 25 y 29 de junio pasado, se hace una enumeración de más de 121 institutos de la República Federal Alemana dedicados a estos estudios; a unas 70 instituciones francesas; a más de 12,000 trabajos soviéticos de carácter científico sobre nuestra América; a decenas de centros de docencia e investigación distribuidos en países europeos, asiáticos y africanos; a más de 40 universidades estadounidenses que ofrecen carreras, maestrías y doctorados en estudios latinoamericanos, además de otros 43 centros de investigación que desarrollan proyectos sobre América Latina.

Esta enumeración restringida, como los mismos ponentes indicaron a tiempo de presentar su comunicación, nos da una idea de la importancia que han adquirido los estudios latinoamericanos fuera de nuestros países, donde, con excepción de México, cuya experiencia académica en este campo es la más avanzada de América Latina, empezamos a darnos cuenta de la necesidad de entender nuestro mundo.

En los últimos años han surgido esfuerzos multinacionales para conformar y desarrollar centros de alta calidad académica, en los cuales el estudio y conocimiento de nuestras realidades tienen carácter prioritario. CLACSO, FLACSO, entre otras, son ejemplos citables en este contexto, además de un apreciable número de organismos, como la CEPAL o el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que pertenecen a distintas organizaciones internacionales. A este conjunto abigarrado y complejo de centros, institutos y organismos, debe agregarse la acción innovadora que han emprendido diversas universidades e instituciones latinoamericanas de educación superior. Debe subrayarse que la labor de nuestros países apenas se deja sentir en la correspondencia aritmética de las proporciones, lo cual significa que en la institucionalización de los estudios latinoamericanos andamos a la zaga.

Sin embargo, a pesar de su poca densidad numérica, los institutos y centros latinoamericanos trabajan con empeño en el conocimiento de nuestros problemas y de nuestras perspectivas. Tal es el caso de la Universidad Nacional Autónoma de México y de otras dentro y fuera de este país. Los hechos anotados proporcionan bases suficientes para reflexionar sobre la finalidad de estos estudios.

Los propósitos del conocimiento no pueden desligarse de las condiciones históricas en que éste se produce. Es evidente, a todas luces, que para los países de desarrollo avanzado, conocer la realidad latinoamericana tiene finalidades distintas de las que nosotros podemos proponernos. Sus intereses económicos, culturales y políticos difieren grandemente de nuestros anhelos y esperanzas. Sus proyecciones militares, diplomáticas y comerciales no son las mismas que las nuestras. Los países latinoamericanos, en la estimación de su peso específico, ofrecen campos diferenciados de interés para las grandes potencias y para otras de segundo orden. Además de ser una evidencia presentada, los hechos nos demuestran que esos países emplean a sus graduados en funciones relacionadas con los intereses y con las proyecciones antedichas. Esto no debe llamarnos la atención ya que es un resultado de las desigualdades del desarrollo y una consecuencia de los progresos del conocimiento histórico-social. En la coyuntura actual, las relaciones de dependencia se hacen más férreas que nunca. Tendrán que producirse muchos cambios en la base material de la sociedad y en los sistemas políticos, en el desarrollo de las fuerzas sociales y en la afirmación de nuestra cultura para que se modifiquen finalidades y propósitos poco fructuosos. Estos cambios no vendrán del exterior; esperar que así sucediera, sería delegar en manos ajenas la capacidad de dirigir nuestros destino.

IV

La suma de esfuerzos institucionales podrá fortalecer la generación de esos cambios requeridos. El desarrollo cualitativo del conocimiento de América Latina, orientado hacia la crítica de nuestras sociedades, de nuestras estructuras económicas y políticas y de las relaciones de los países latinoamericanos con otros países y sistemas contribuirá, indudablemente, a la modificación de nuestra realidad. Para los latinoamericanos, al igual que para otros, el conocimiento no tiene finalidad en sí mismo, ni se agota en el mero acto de conocer. Por su

naturaleza objetiva, el conocimiento científico y humanístico trasciende los límites puramente gnoseológicos para devenir instrumento y práctica de transformación. Por ello, conocer más lo nuestro conlleva la tarea de crear condiciones adecuadas para la realización de los cambios necesarios y, también, la responsabilidad de prepararnos para afrontar sus resultados.

Si la convivencia internacional, por sus múltiples determinaciones, condiciona el conocimiento global o regional, nacional o local de los países que integran esta porción del mundo, esas determinaciones obligan a realizar el propósito de conocer lo nuestro en escalas de mayor profundidad y extensión. En el terreno del sincretismo, nuestra América ha rebasado los límites de la mera noción o imagen. Las ciencias sociales tienen mucho que decir, en particular aquellas que contribuyen a desmontar y explicar abigarrados fenómenos de la economía, del cambio social y de las estructuras del poder político. Sus aportaciones son y serán imprescindibles para organizar las premisas y estrategias de un desarrollo liberador. Su lenguaje tendrá un sentido propio, y será más efectivo, en la medida en que las contribuciones de nuestros investigadores y docentes calen hondo en la crítica y no se cristalicen en la utopía. Por ello, la institucionalización de los estudios latinoamericanos, en nuestras universidades, no se reduce a ser un simple objetivo de innovación académica. Por su proyección e implicancias, el acto innovador que enlaza la teoría con la práctica, deviene factor sustantivo en el logro de grandes proyectos históricos. Sólo la práctica, radicada en el conocimiento objetivo, permitirá que logremos la integración y liberación latinoamericanas.

Desde hace cuarenta años se denuncian el atraso, la dependencia y el subdesarrollo que nos agobian. El curso, en cuatro décadas, apenas ha cambiado sin que se hubiera modificado un estado de cosas que yace por debajo de la retórica. Esto quiere decir que aún no sabemos lo suficiente de nuestras realidades, que todavía no hemos tocado fondo en el dominio de nuestro mundo para modificarlo eficazmente. El curso continuo de nuestra historia se prolonga desde épocas inmemoriales y los espacios ocupados por distintas hegemonías nos dan una perspectiva coherente. Es necesario tomar conciencia de este proceso entrecortado por sucesivas dominaciones para situarnos en mejor forma dentro de la coyuntura actual. Por otra parte, el conocimiento teórico y la práctica referida al cambio que buscamos, al ensamblar el continuum de nuestra realidad con la estremecedora historia de los países hegemónicos, abrirá horizontes más amplios en la búsqueda de la integración y en la lucha por la liberación de América Latina. Los obstáculos que impiden el logro de estos proyectos pueden ser superados. Nuestra América tomó su sentido de globalidad en un tiempo en que la sociedad humana se estaba haciendo capitalista, cuando la escalada del sistema se extendía en el planeta. Hoy, nuestros pueblos hacen su historia en un periodo en que la sociedad actual, a pesar del poderío de los monopolios, y de los estados que los representan, está dejando de ser capitalista. Tal es la perspectiva extraordinaria de este siglo.

V

América Latina no es sólo una rica porción geográfica del planeta, sino también una realidad cultural a la que estamos adscritos más de 350 millones de hombres. En contraste con la visión burdamente cuantitativa, se nos considera como prolongación de la cultura occidental, o como una parte del mundo habitada por gente que tienen en su sangre, en su lengua, en sus ideas y valores innumerables componentes de la tradición europea. Así nos ven, o así se autocontemplan algunos latinoamericanos. Nos sienten, o se sienten, identificados con viejas potencias coloniales o con nuevas metrópolis centrales. Mas esta manera de vernos con una óptica absorbente se diluye en la trama inacabable de nuestras diferencias con Europa.

Aunque en nuestra sangre se mezclan ingredientes indígenas, africanos y europeos, somos algo distinto de la sumatoria que puede esperarse de esos elementos. Pese a que en otras latitudes se hablen lenguas con las cuales nos entendemos y comunicamos, nuestros idiomas son de aquí y con ellos expresamos realidades propias, sentimientos inconfundibles o ideas formadas en nuestro género de vida. Aunque las ideas y conceptos tienen dimensión universal, nuestras representaciones del mundo y de la vida, y los valores que orientan nuestra existencia, tienen un sentido diferente al que puede dárseles en mundos distintos.

La realidad cultural de América Latina tiene consistencia y especificidad. Su vitalidad es causa y efecto de nuestra adscripción colectiva. Si desde el punto de vista nacional o político “somos” de un país u otro, esa realidad determina nuestro perfil de latinoamericanos. En Centroamérica, en las islas caribeñas o en Sudamérica, nos expresamos en las artes y en la literatura, en nuestros movimientos políticos y sociales, en las ideologías y creencias con mayor similitud que la que podría haber entre las manifestaciones colectivas de galeses y escoceses en Gran Bretaña, o de italianos y suecos en Europa. Y es que en ello se revela una consistencia anímica sustentada en el pasado y en los propósitos del presente. Nuestra manera de ser se manifiesta en valores y representaciones, en ideales y proyectos que se han formado en la relación hombre-naturaleza y en largos siglos de dominación y atraso. Convertir esa substancia que amalgama la naturaleza, el hombre y su historia, en objeto de investigación y docencia, conduce a reconocer la importancia de las ciencias sociales y de las disciplinas humanísticas para preservar y enriquecer nuestra cultura, realidad irreductible en que se funda y que, a su vez, fecunda nuestro ser histórico.

América Latina se hace más auténtica en la revelación de sus ideas, valores y formas de vida. La síntesis de una concepción propia de la sociedad y de una cosmovisión compartida por nuestros pueblos constituye el fundamento dinámico de nuestras culturas nacionales. Por ello somos una unidad y también una pluralidad. Comprender esta situación y preservar nuestra identidad son actitudes colectivas. Al asumirlas, también se asume la responsabilidad de cambiar el carácter de nuestras relaciones con las metrópolis hegemónicas.

Vivimos una época de amenazas que, por su carácter excepcional, parecen verdaderas aberraciones de la historia; al mismo tiempo, somos testigos de asombrosos logros científicos y tecnológicos. En estas circunstancias extraordinarias, aprendemos a defendernos y a luchar por el progreso y la autodeterminación de nuestros pueblos. Somos testigos, actores o víctimas de las luchas del siglo veinte. Esta vivencia sintetiza nuestra experiencia y nos damos perfecta cuenta de lo que significan las potencias hegemónicas que, como ahora, muestran tanto interés en conocer otros pueblos y otras culturas. Hay un acopio extraordinario de datos, teorías y técnicas con que se estudia e interviene en la marcha de nuestras sociedades. Tanto el conocimiento de las posibilidades materiales de nuestros países como la información acumulada de su cultura, les son útiles para asegurar y prolongar su dominación. Mas éste no es un hecho sólo económico, político o militar, sino un proceso de avasallamiento cultural que caracteriza a la hegemonía imperialista, dominación que se acrecienta con el socavamiento dirigido a negar y destruir las manifestaciones objetivas de la cultura.

La actividad consciente de las fuerzas sociales, actividad que se refuerza con la función desarrollada por los intelectuales, juega un papel irremplazable en la resistencia de los pueblos. En América Latina, siguiendo el curso de la historia moderna, esas fuerzas han respondido, como ahora, a los embates de la dominación extranjera. Esa resistencia es nuestra historia que deviene cultura, consistencia vital y dinámica de nuestro ser. Por ello, ser latinoamericano implica estar adscrito a esa fusión irreductible, pertenecer a ella para no renegar de su identidad.

VI

Hacer explícito lo que está implícito en nuestro género de vida, hacer lúcido lo que todavía parece opaco, es tarea de la educación latinoamericana y, en particular, una tarea que se han planteado las instituciones de educación superior al convertir América Latina en objeto de conocimiento científico y humanístico. Esta es una empresa de largo aliento, en la cual prevalecen elementos de innovación curricular. Las universidades y otros centros de educación superior, al incluir estudios latinoamericanos en sus planes y programas, no sólo enriquecen los contenidos de la enseñanza que imparten, sino que también amplían los campos de la investigación con miras a formar recursos humanos que dominen áreas nuevas del conocimiento científico y humanístico.

Los niveles de desarrollo en esta región del mundo todavía son insatisfactorios para que otros sectores, distintos a los de la educación superior, puedan emprender esta tarea. Ante esa insuficiencia estructural, las universidades y otros institutos similares son los llamados a cumplirla. Crear áreas dedicadas al conocimiento de América Latina, o desarrollar las que ya existen, son aspectos que pertenecen a la planeación académica. Los resultados de este tipo de estudios dependerán de la visión que tengan las instituciones educativas para insertarse en el ancho cauce de las luchas legítimas e indelegables de nuestros pueblos. Tanto la innovación

curricular como la inserción de las instituciones en el desarrollo histórico-social, determinan la profundidad y extensión de los estudios latinoamericanos. En la coyuntura actual, este proceso innovador no puede marchar de espaldas a los requerimientos de una sociedad que busca su liberación.

Nuestras raíces y los estigmas que deja el desarrollo dependiente están en nuestra historia, historia de milenarias formaciones sociales que ha recogido aportaciones, fragmentaciones y aculturaciones modernas. Exhumar las raíces y contribuir a que desaparezcan esas marcas heredadas, son objetivos que puede cumplir el conocimiento científico. En este proceso gnoseológico, las ciencias sociales, no obstante sus naturales carencias, han logrado innegables progresos. La economía, la sociología, la ciencia política, la antropología, para citar algunas de ellas, se han emancipado de criterios y propósitos cosmopolitas para adquirir un sello latinoamericano. Esto quiere decir que disponemos de un espacio teórico suficiente para comprender y explicar lo que somos y lo que podemos llegar a ser.

En la incorporación de los estudios latinoamericanos a la educación superior la experiencia ha probado distintas modalidades. Una de ellas consiste en desarrollar, con criterios nuevos, la temática reducida pero existente en los planes de estudio. Estos criterios se sustentan en la complementariedad y actualización del conocimiento de la historia, de la economía o de la literatura contemporáneas. Otra modalidad consiste en la creación de materias que traten aspectos específicamente latinoamericanos. Esta posibilidad permite delimitar campos concretos e introducir nuevas metodologías para lograr una comprensión razonada y objetiva de la temática correspondiente. A las modalidades ya descritas se agrega otra: la creación de áreas de materias dedicadas al estudio de América Latina. Esta modalidad ofrece significativas ventajas, ya que, desde el punto de vista de la innovación, permite prever cambios en la formación profesional y esperar resultados en la especialización de la docencia.

Las modalidades antedichas pueden describirse como tradicionales y tienden, en lo principal, a reforzar o ampliar carreras ya establecidas, aunque muchas de ellas padecen el síndrome de su inadecuación en el funcionamiento de una sociedad que se hace más compleja. No obstante esta falla, y reconociendo que esas carreras no satisfacen plenamente los requerimientos de las nuevas generaciones, la incidencia todavía reducida de los temas latinoamericanos en la formación profesional de científicos sociales y humanistas, ya juega un papel significativo en la comprensión de nuestra realidad.

Los estudios latinoamericanos adquieren otras dimensiones, cuando se los instituye con miras a una profesionalización. En esta perspectiva también se cuenta con diversas modalidades. Una de ellas consiste en implantar una carrera para que en ella se formen los “latinoamericanistas”, término que no traduce con plenitud el significado que se le quiere dar. Otra modalidad que tiende a generalizarse es la de establecer programas para optar grados de maestría o doctorado en estudios latinoamericanos. Las dos modalidades son vías de institucionalización y en su desarrollo ha jugado un papel importante la Universidad Nacional Autónoma de México, cuyas experiencias, recomendadas por la UNESCO, son pautas de organización y funcionamiento para otros centros de estudio en distintos países de nuestra América.

A esta labor de las universidades e institutos latinoamericanos se agregan las que se emprenden en países de desarrollo avanzado. En sus instituciones aparecen las modalidades tradicionales pero también las vías que se orientan a la profesionalización y al postgrado, estas últimas con la diferencia de que tienden a una especialización más rigurosa. Una de sus variantes consiste en estudiar un país, una región o la globalidad latinoamericana, en función de proyectos específicos en los cuales predominan aspectos concretos de la economía, problemas de la infraestructura y de la producción, procesos políticos y conflictos sociales. Este tipo de estudios especializados se funda en los intereses y proyecciones que tienen los países desarrollados.

Por lo que se anota en esta breve reseña de la institucionalización de los estudios latinoamericanos, se percibe que las opciones son múltiples. Asistimos a una significativa expansión pero aun queda un largo camino para llegar a metas que derivan de los objetivos de la educación superior. Es deseable, por ejemplo, que el estudio de nuestra América se identifique plenamente con la realidad y que no la distorsione buscando fines que nos son adversos. Para ello será necesario desarrollar más la investigación científica y ampliar nuestra visión humanista de la sociedad y de la vida. El logro de estos propósitos es tarea permanente de una educación avanzada que ya exigen las nuevas generaciones.

VII

Si el conocimiento científico de la realidad latinoamericana y la preservación de las manifestaciones objetivas de nuestra cultura son prácticas inseparables, este binomio formativo no debe dissociarse en la docencia ni en la investigación. Por ello, la cuestión fundamental de los estudios latinoamericanos radica en su enfoque. Y ésta ya es una cuestión que toca el fondo mismo de la naturaleza de la educación superior. Para ciertas corrientes de opinión el enfoque deberá ser predominantemente científico, apoyado en el desarrollo de las ciencias sociales y de sus correspondientes metodologías. Para otras, deberá ser humanístico, fundado en una síntesis de la historia, la filosofía, la literatura y el arte. Los dos enfoques siguen caminos distintos y corren el riesgo de hacerse recíprocamente excluyentes. El predominio desmedido de la ciencia conduce a una formación tecnocrática que, en su inserción social, no satisface las necesidades de nuestros pueblos. Del otro lado, una profesionalización rigurosamente humanista refuerza el vicio inveterado de formar élites cultas que se aíslan de los movimientos sociales y se apartan del compromiso con sus pueblos.

La relación recíproca de la enseñanza científica con la formación humanística parte del origen y fundamento de nuestras ideas y conceptos, radica en la discusión objetiva de proyectos históricos viables y se hace permanente en el análisis crítico de nuestros supuestos; por ello, ni las ciencias sociales con su fría objetividad especializada, ni las disciplinas humanísticas en su fecunda erudición, agotan por sí mismas las ramas del árbol del espíritu. Sus frutos pueden madurar en todos los dominios del saber, incluso en aquellas ciencias y tecnologías que, por su aridez y rudeza, parecen alejarse de la vida. Todo el saber se humaniza en el momento en que se impregna de valores con cuyo descubrimiento y disfrute los hombres y los pueblos pueden realizar su libertad.

Como un tema subordinado al anterior, surge el tópico de los nexos propios de las ciencias sociales y de las humanidades. Las múltiples conexiones de las primeras están condicionadas tanto por su objeto de conocimiento, como por sus métodos y leyes. Ninguna de ellas que se precie de objetiva puede dar la espalda a otra u otras que la complementan y enriquecen. De manera semejante, las disciplinas humanísticas, en sus nexos recíprocos, descubren para el hombre un puesto en el cosmos y, por la consistencia de sus creaciones, enaltecen los valores humanos. Estos aspectos, en congruencia con el paradigma del desarrollo armónico de la educación superior, permiten afirmar que, con un enfoque interdisciplinario de ciencias sociales y disciplinas humanísticas, podrían superarse los efectos de planes y programas excluyentes basados en el desarrollo unilateral de unas u otras.

En otro lugar de este trabajo, ya se dijo que las finalidades de analizar e investigar los problemas y perspectivas de nuestra América no son iguales ni equivalentes. Para los países dominantes, los fines se condensan en la prolongación de su hegemonía haciendo más firmes los objetivos ya establecidos de la dependencia, en tanto que para nosotros, los objetivos del conocimiento de América Latina son fines concretos que se enlazan con los proyectos históricos de nuestros pueblos. En esta diferencia de fines y objetivos radica no sólo la cuestión del enfoque, sino también un postulado pedagógico para el desarrollo cualitativo de los estudios latinoamericanos: el conocimiento teórico y la práctica, para la liberación e integración de América Latina, forman una totalidad que no debe disgregarse.

La profundización y ensanchamiento de nuestra autognosis implica una práctica. Volcarla en propósitos de transformación, implicará una mutación formativa: dejaremos de ser “latinoamericanistas”, designación que conviene a los que no nacieron en estas tierras ni se adscriben a nuestra cultura, para ser radicalmente latinoamericanos. Esto quiere decir que el conocimiento, convertido en fuerza transformadora, contribuye a la ejecución de nuestros proyectos históricos partiendo de una situación real, condicionada por diversas fuerzas y factores que caracterizan al capitalismo dependiente y tardío. En estos proyectos cuentan definitivamente la derrota del atraso, la desestructuración de la dependencia y el florecimiento de nuestra cultura, para que la identidad de nuestra América no sea una forma metafísica e incognoscible, sino una realidad viva e irreductible.

Esta disertación ha empezado con una referencia periodística y concluye con un alegato. En el recorrido del texto yacen hechos escuetamente anotados, experiencias que no se explican con detalle y opiniones discutibles, planteadas para el debate. He preferido dejar las cosas en ese nivel, con pleno convencimiento de que el tema ofrece posibilidades de mayor desarrollo. La reflexión conjunta, animada por el interés común de enriquecer el análisis, será siempre oportuna para las perspectivas de los estudios latinoamericanos. Nada nuevo he dicho sobre este vasto campo de investigación y docencia superior, pero lo que dije, lo diré siempre con la certeza de que las palabras, como morada transitoria de las ideas, son buen testimonio de nuestras convicciones y esperanzas.

Reconozco la generosidad de ustedes que me han obsequiado su paciencia y su tiempo, hoy día tan escasos y por ello más valiosos.

Muchas gracias.